

Prólogo

Sería difícil, imposible en realidad, reconstruir, imaginar siquiera, la historia de la humanidad, y no solo del *Homo sapiens*, sino también de otras especies de homínidos, sin tener en cuenta la Luna, el único satélite que acompaña a nuestro planeta, la Tierra. Este faro que alumbra nuestras, de otra forma, tenebrosas noches, puedo imaginar fácilmente la atracción que debió de ejercer, que todavía ejerce, no solo en esas especies que acabo de mencionar, sino en muchas otras: me viene a la memoria ahora esa imagen arquetípica de un lobo aullando a la luz de la Luna. Responsable en buena medida de las mareas que dinamiza, junto con el viento, los movimientos marinos que tan bien apreciamos en las costas; la Luna ha cautivado la imaginación de todo tipo de personas, desde soñadores y enamorados hasta científicos que desean comprender su origen y estructura, detalles que los autores de las páginas que siguen no olvidan explicar.

Hasta la era de los cohetes y vehículos espaciales, visitar la Luna fue uno de esos sueños que únicamente se pueden imaginar, pero no cumplir. Imaginar como lo hicieron, por ejemplo, Luciano de Samósata (c. 125-195), que pensó en un viaje a la Luna y el Sol en un barco volante sin más propulsión que la de los vientos «extremosos», o Johannes Kepler (1571-1630), uno de los protagonistas de la revolución científica, quien ideó, bajo la forma de un sueño, un viaje a la Luna, transportado a ella con la ayuda de demonios lunares, aunque en realidad su propósito era describir lo que vería un observador

instalado en nuestro satélite. Poco después, mostrando de nuevo el apego que nuestra especie siente por la Luna, un obispo de la Iglesia de Inglaterra, Francis Godwin, compuso un curioso texto, *The Man in the Moone: or a Discourse of a Voyage thither by Domingo Gonsales* (*El hombre en la luna o discurso de un viaje allí por Domingo González, el raudo mensajero*), publicado póstumamente en 1638, en el que podemos leer pasajes como «los hombres podrían volar de un sitio a otro y serían capaces de enviar mensajes a muchos cientos de millas de distancia en un instante y recibir respuesta sin intervención de persona humana. Podrían también transmitir su pensamiento a otras criaturas, aunque estuviesen en el más remoto y oscuro rincón de la ciudad, con otros notables experimentos». ¡Y cómo no recordar al, para muchos, héroe de infancia y primera juventud, Jules Verne, con sus decimonónicos viajes a la Luna!

Mucho puede dar que hablar la Luna; por ejemplo, tratar de los nombres de personas que, como a tantos accidentes geográficos terrestres, se han adjudicado a sus cráteres. Tal es el tema del presente libro. Y es apropiado, además de dar confianza, que sean dos astrónomos, Daniel Roberto Altschuler y Fernando J. Ballesteros Roselló, los autores que se han ocupado de este asunto, que tiene que ver tanto con la geografía lunar como con el reconocimiento que la comunidad astronómica ha otorgado a un pequeño grupo de mujeres, esa parte de la humanidad que, a pesar de su importancia, de no ser inferiores intelectualmente a los varones, ha sido, y en no poca medida aún es, maltratada en lo que se refiere a la ciencia... y en muchas otras cosas más, por supuesto. Porque no se trata solo de los nombres de cráteres lunares, sino de aquellos que llevan nombre de mujeres, que no son, ay, muchos: de los 1594 cráteres lunares nombrados en honor a filósofos y científicos, solamente 31 honran a una mujer.

Además de sus credenciales científicas como astrónomos (Altschuler es catedrático de Física en la Universidad de Puerto Rico, en

Río Piedras, y fue entre 1991 y 2003 director del Observatorio de Arecibo, que alberga el mayor radiotelescopio del mundo; y Ballesteros Roselló es el jefe de instrumentación del Observatorio Astronómico de la Universidad de Valencia), ambos se han ocupado, y distinguido, en el no demasiado frecuentado dominio de la divulgación científica, en el que, como fácilmente se puede comprobar una vez que usted, paciente lector, termine de leer –en el supuesto de que lo haga– estas líneas mías, muestran conocimientos pero también, y esto es muy importante, elegancia y habilidad narrativa. Por si no me creen, aquí repito un pequeño párrafo que más adelante encontrarán: «Las mujeres de la Luna nos cuentan historias de amor, dolor y valor, de triunfos insólitos alcanzados por la perseverancia, y de tragedias inducidas por las circunstancias y los prejuicios. Nos dan la oportunidad de contar historias olvidadas».

Entre las nunca especificadas obligaciones de un prologuista, se encuentra, sin duda, la de no avanzar el contenido del texto que se le ha permitido iniciar. En el presente caso, semejante deber no es difícil de cumplir. Si estuviese tentado, por ejemplo, de hablar de la Luna, lo haría infinitamente peor que el estudio introductorio que nos regalan los autores. Espero, no obstante, que se me permita señalar la alegría que me ha producido encontrar que unas científicas que aprecio mucho han sido honradas bautizando cráteres lunares con sus nombres: Emmy Noether, Henrietta Leavitt, Williamina Fleming, Lise Meitner y Marie Curie. Conozco, creo que bien, lo que hicieron, la importancia de sus contribuciones y las dificultades que tuvieron que vencer, de manera que, aunque tarde y lejos, bien está que su recuerdo se inmortalice en nuestro romántico satélite.

Y, puesto a ser personal, lamento que aún no disfruten de este pequeño reconocimiento de tener un cráter «propio» –recuerden *A Room of One's Own (Una habitación propia)* de Virginia Woolf– Rachel Carson, Rosalind Franklin, Margaret Mead, Barbara McClintock,

tock, Émilie du Châtelet y Jocelyn Bell Burnell, que, a pesar de haber sido quien detectó, en julio de 1967, la primera señal de lo que se comprobó que era un nuevo tipo de objeto estelar, un púlsar, no recibió la parte del premio Nobel de Física de 1974 que, en mi opinión, merecía.

Dicho todo esto, solo me resta desear que ustedes lo pasen bien. Créanme, la lectura merece la pena.

José Manuel Sánchez Ron
Miembro de la Real Academia Española